

## PRESENTACIÓN DEL LIBRO *EL AMIGO AMERICANO*

26 de mayo de 2011

Conozco al autor hace más de veinte años y confieso que me impresionó la primera vez que le traté, en el Centro de Estudios Europeos de St. Antony's College, en la Universidad de Oxford, donde fui invitado el año 1992 por su maestro Raymond Carr a participar en un seminario sobre la transición española. A partir de entonces he mantenido una estrecha relación con él, que se ha convertido en una sólida amistad. Leí en su día con enorme interés su tesis, *Reforma versus ruptura en la transición española a la democracia*, que marca el comienzo de su fructífero quehacer historiográfico.

En 1991, con tan sólo treinta y un años, ganó el premio Espejo de España con el título *El piloto del cambio*, en el que subraya el papel desempeñado por el Rey Don Juan Carlos en la consolidación democrática y al mismo tiempo muestra la articulación política de la transición española.

En el año 2001 publicó la obra *España en democracia, (1975-2000)*, que contiene importantes claves de la profunda transformación de España en aquella época y que ha sido para mí un libro de referencia al que he acudido infinidad de veces. Su labor en el Real Instituto Elcano de Relaciones Internacionales, en la Universidad CEU San Pablo, en cursos, publicaciones, conferencias, ha sido incesante y muchos nos hemos visto favorecidos con sus investigaciones y trabajos.

Ahora publica *El amigo americano*, un libro valiosísimo para conocer no sólo las relaciones entre España y Estados Unidos a lo largo de veinte años (1969-1989), sino también por su recorrido pormenorizado y riguroso de la situación interior e internacional de España durante ese periodo. Como escribe con gran acierto Javier Pradera en la Tribuna de *El País*, el libro de Powell ayuda a entender la transición por dentro y pone de relieve cómo los demoleedores del que algunos han llamado “el mito de la transición” no han sido capaces de avanzar hipótesis contrafácticas sobre cómo debía haberse comportado la oposición tras la muerte de Franco. Y pone de relieve cómo la transición se hizo en España, desde España y –añado yo– con un papel preeminente del Rey, la colaboración de Adolfo Suárez, la activa participación de las fuerzas políticas y el concurso de la gran mayoría de los españoles. El papel de las cancillerías extranjeras,

entre ellas la norteamericana, fue de seguimiento de lo que aquí sucedía, de comprensión, de animación, también en algunos casos de obstáculos y reticencias, pero en definitiva con el rol de espectador del proceso que se desarrollaba en el interior de nuestro país. El autor no comparte y yo tampoco, ese fantasma de conspiraciones desde representaciones diplomáticas que algunos señalan y que nunca pude detectar y que a mi juicio carecen de fundamento.

El estudio de Charles Powell es propio de quien conoce a fondo la realidad española, que ha investigado hasta los últimos detalles y que se ha visto favorecido por la investigación de abundantes documentos recientemente desclasificados y en muchos casos inéditos, que le han servido para su elaboración.

Debo subrayar la documentación generada por el Departamento de Estado y por el Consejo de Seguridad Nacional que Powell ha investigado detalladamente, así como el Archivo Nacional del College Park de Maryland donde se encuentra parte de la documentación diplomática, la Gerald Ford Library, la Jimmy Carter Library, así como las correspondientes a Richard Nixon y Ronald Reagan.

Ha accedido también a la información de documentos y notas de españoles con responsabilidades políticas en esos temas, con quienes ha mantenido largas conversaciones; en lo que a mí se refiere, me congratulo de haber mantenido con él numerosos encuentros y haberle podido facilitar un adelanto de mis memorias. Powell subraya en su libro la gran utilidad de sus conversaciones con el embajador Wells Stabler, que fue un gran representante de Estados Unidos en España, de quien conservo el mejor recuerdo.

Si me permite que cuente un pecado que cometí al iniciar la lectura de su libro, pecado que comparto, estoy seguro, con otros muchos, fue comenzarla acudiendo al índice onomástico y comprobé con sorpresa que aparezco en 59 páginas con los riesgos que ello puede comportar. Constato, sin embargo, la exactitud de todas las citas, muchas de las cuales proceden de cartas y despachos de los representantes diplomáticos norteamericanos que transcribían las conversaciones que yo mantuve con ellos, es decir, los *wikileaks* legalizados por el transcurso del tiempo. Pues bien, todos me han parecido correctos y sólo hay una cita que lamento no porque no fuera exacta, que sin duda lo era,

sino porque me disgusta mi actuación de entonces, al pedir al embajador norteamericano junto a Adolfo Suárez que no se facilitase el encuentro entre el presidente Carter y el secretario general del PSOE Felipe González. Hoy pienso que lo correcto hubiera sido promover ese encuentro que, por cierto, se llevó finalmente a cabo.

Antes de entrar en el capítulo del comentario de algunos capítulos del libro sobre temas que me resultan más conocidos, quisiera detenerme unos instantes en el título del libro: *El Amigo Americano*.

Personalmente comparto ese apelativo. Siempre he sentido simpatía por Estados Unidos aunque es un país que conocí tarde y no frecuenté en mi etapa de formación académica. Pienso que durante mucho tiempo el español ha tenido en general reticencias hacia Estados Unidos e históricamente ha habido un cierto sentimiento antiamericano en muchos sectores de nuestra sociedad.

Ignoro cuál es la causa. Tal vez hay que examinarla con la percepción de que ya desde el siglo XIX la doctrina del presidente Monroe fue vista con disgusto por los medios de comunicación españoles, al interpretarla como el intento de extender la influencia anglosajona más allá del Río Grande y como un empeño por dominar las antiguas colonias españolas, según pone de relieve el profesor Martín de la Guardia de la Universidad de Valladolid en un interesante trabajo. Se pensaba que las llamadas desde Estados Unidos a la integración americana y al aislacionismo respecto a Europa formaba parte de una política imperialista basada en las necesidades de expansión económica, con la intención de enmascarar la influencia española hasta convertir el continente en un espacio anglosajón.

El siguiente paso sería la actuación del presidente Roosevelt provocando el enfrentamiento bélico entre España y los Estados Unidos. Ello dio pie a una amarga reacción de la prensa y de medios políticos e intelectuales y cabe recordar por ejemplo las diatribas de Macías Picavea, republicano reformista, que en sus artículos atacaba sin piedad el gobierno de Washington.

El profesor Seco Serrano, en su obra *El final del Imperio en España*, comentaba la actitud popular respecto a Estados Unidos diciendo que “se dejó llevar a una

exaltación cotidiana del supuesto heroísmo nacional y al insulto del adversario, usando con insistencia todos los tópicos de moda en aquel entonces: patriotismo, quijotismo e hidalguía se opusieron sistemáticamente a la barbarie adversa y a la soñada incapacidad bélica de un adversario mercachifle y tocinero”.

A mediados del siglo XX vuelve el antiamericanismo de parte de la opinión española, sobre todo a partir de 1951, cuando Estados Unidos envía un embajador a Madrid, lo que fue visto con desagrado por la oposición al régimen que teme con ello un reforzamiento del general Franco, si bien a nivel popular tal vez no fuera compartida esa actitud, como muestra entre otras cosas aquel famosísimo *Bienvenido Mister Marshall*, la película de 1952 que anticipa de alguna manera la visita del general Eisenhower a Madrid siete años más tarde.

Y paso ya a evocar tres momentos de las relaciones hispano-americanas tan bien descritas en el libro que comentamos y de los que puedo dar fe por haber sido testigo directo de los mismos: durante la etapa de Castiella como ministro de Asuntos Exteriores, de quien fui jefe de gabinete durante diez años, objeto del capítulo 1; durante el ministerio Areilza, de quien fui subsecretario en el primer gobierno de la Monarquía, que se recoge sobre todo en el capítulo 6; y por último, mi etapa de ministro entre 1976 y 1980, de la que se habla en los capítulos 8 y 9.

### La etapa Castiella

Cuando Castiella llegó al Ministerio en febrero de 1957, aún pervivía en círculos políticos y en la parte de la opinión pública española adicta al régimen, una concepción positiva de lo que los acuerdos de 1953 habían supuesto para la superación de los años de marginación y aislamiento internacionales. En la percepción de algunos analistas de la época, la nueva relación establecida con la administración norteamericana equivalía para España a un sucedáneo del Plan Marshall y de la OTAN, de los que la peculiaridad del régimen nos mantenía excluidos. Para el gobierno de Madrid era Estados Unidos quien rectificaba actitudes previas, y quien, acuciado por la rápida evolución de la amenaza soviética, incluía a España, a todos los efectos, en el dispositivo defensivo desplegado por la Alianza Atlántica. Y la sustanciosa ayuda que España recibiría —alimentos básicos, créditos, material de transporte— como compensación a las

instalaciones militares que el Pentágono construiría en nuestro país, venía a reparar a los ojos de los panegiristas del régimen la injusticia de haber quedado marginados en su día del reparto de beneficios del Plan Marshall.

Pero como advierte Powell, si para el régimen los acuerdos hispano-norteamericanos consolidaban su legitimidad política, para la oposición abrían la esperanzadora posibilidad de una evolución. Ambas visiones voluntaristas se verían finalmente desengañadas en sus respectivas valoraciones e ilusiones. Para unos esa situación de aislamiento, a un precio cada vez más irrisorio en las contraprestaciones materiales, mantendría a nuestro país alejado de las organizaciones europeas y atlánticas que asumían el protagonismo en la evolución política del llamado «mundo occidental». Quienes esperaron de los acuerdos el «efecto palanca», que forzase una eventual transformación del régimen, también pudieron comprobar a lo largo de los años cómo las sucesivas administraciones de Washington sólo buscaron en los textos originales y sus renovaciones posteriores el uso y disfrute de las instalaciones militares llamadas —con cierta ingenuidad— de «utilización conjunta» al precio mínimo posible, sin apenas compromisos políticos con el régimen del general Franco o su eventual evolución.

Y en medio de ambas concepciones se situaría Castiella.

A pesar de los grandes esfuerzos que desplegó el ministro para explicar a Estados Unidos la necesidad de lograr acuerdos más equilibrados que los de 1953, resultaba muy difícil avanzar ante la resistencia de algunos ministros, en particular los militares, que seguían aferrados a la ecuación de seguridad exterior —simbolizada en las bases militares de «utilización conjunta»— a cambio de un material bélico de segunda mano cada vez más exiguo y anticuado. Es cierto que Castiella no era un hombre capaz de amilanarse ante las dificultades. Cuando estaba convencido de las razones de sus argumentos, los defendía con inmenso tesón.

Era bien conocida la disposición que mostraba nuestro Alto Estado Mayor por plegarse sin más a las solicitudes constantes de la Misión Norteamericana en España de ampliar por la vía de hecho las facilidades que ya disfrutaban las unidades militares estadounidenses en virtud de los acuerdos. Fue enorme el disgusto de Castiella que

recoge el autor, cuando intentó reformular la petición americana de que los submarinos nucleares de la *US Navy* recalasen en Rota como un cambio sustancial, lo que significaba abrir unas negociaciones suplementarias. Ante su sorpresa, los americanos le mostraron una carta del Jefe del Estado Mayor por la que se accedía, sin más, a la entrada de los famosos submarinos en la base gaditana. Fue, de nuevo, una ocasión perdida para abrir unas negociaciones globales.

Todo esto chocaba con la mentalidad de Castiella, que había preparado con su equipo los argumentos para modificar las bases sobre las que se había asentado la negociación de 1953. Era evidente que las circunstancias habían cambiado. España contaba con un peso cada vez mayor en el ámbito europeo; nuestra política de liberalización económica había dado sus frutos; figuraba ya en las grandes organizaciones económicas y financieras internacionales, y aunque el proceso comunitario estaba paralizado, mejoraban nuestras relaciones con los grandes países europeos, sobre todo con Francia y Alemania. El propósito del ministro era conseguir una alianza militar que modificase el régimen hasta entonces vigente y que permitía a Estados Unidos hacer un uso casi libre de las bases militares, sin que por ello un ataque al territorio español (peninsular, insular o africano) significase apoyo inmediato y efectivo de Estados Unidos.

A pesar de las dificultades, se llegó por fin a la renovación de los Acuerdos en septiembre de 1963, lográndose mejorarlos en la medida de lo posible. La fórmula jurídica utilizada, una declaración conjunta, había sido la usada en el instrumento por el que Estados Unidos se había asociado al Convenio de Seguridad Colectiva (CENTO). Se recortó la prórroga de diez a cinco años, y sin llegar a una garantía de seguridad, al menos se acercó el lenguaje de los textos firmados a otros acuerdos suscritos por Estados Unidos con países aliados, en especial las declaraciones multilaterales de la SEATO y los tratados de defensa mutua con Japón (1960), China nacionalista (1954), Corea (1953) o Filipinas (1951).

A partir de entonces, –explica Powell– y hasta 1968, las relaciones España-Estados Unidos discurrieron sin muchos sobresaltos. Quizá el único tema de confrontación fue Cuba. A pesar de la sistemática presión norteamericana desde finales de 1963 para que se cortaran las relaciones y el comercio con el castrismo, el gobierno

español decidió mantener su representación diplomática en La Habana, aunque rebajando su rango a un encargado de negocios. Había demasiados intereses españoles que proteger: una nutrida colonia (200.000 españoles, que con sus familias implicaban unas 500.000 personas), además de vínculos familiares y sentimentales con importantes sectores de la población española en la península, incluso del exilio cubano.

En 1968, se cumplía el periodo de cinco años de vigencia de la Declaración Conjunta de 1963.

Podemos situar el inicio formal de la negociación de 1968 en la entrevista de Castiella con el secretario de Estado Dean Rusk –a la que asistí– mantenida el 15 de julio de ese año. Desde el comienzo, Castiella intentó que no se repitieran los errores cometidos en 1963. La meta que se proponía alcanzar era un tratado de alianza o algún otro tipo de instrumento jurídico que nos otorgase una garantía suficiente de seguridad. España exigía, en este sentido, avanzar respecto a la declaración de 1963 y conseguir algo parecido a la cláusula del artículo V del Tratado de la OTAN, o al texto del tratado firmado entre Estados Unidos y Japón en 1960, que incluía una garantía formal para la defensa mutua.

La siguiente entrevista de Castiella con Rusk estaba prevista para el 9 de septiembre, con algún margen para poder negociar hasta la fecha límite del 26 de septiembre. Pero fue aplazada al día 16, con la excusa de que sólo entonces estaría lista la respuesta norteamericana a las peticiones españolas, sobre todo a las militares. En consecuencia, al igual que pasó en 1963, las conocidas tácticas dilatorias nos dejaron a la parte española casi sin tiempo para rebatir la última oferta norteamericana.

Nada más reanudarse las sesiones negociadoras, fue manifiesta la postura americana de total rigidez respecto a las ofertas anteriores: sólo ciertas concesiones cosméticas en la redacción formal de los acuerdos; ausencia de cualquier compromiso político en los grandes asuntos de nuestra política exterior –OTAN, Sahara, Gibraltar– y unas ofertas de material militar que apenas alcanzaban el 15% de las solicitudes de nuestras Fuerzas Armadas.

La posición firme de Castiella permitió que no cediera ante las pretensiones norteamericanas y el 20 de septiembre, después de diversas peripecias que se describen con detalle en el texto y de las que casualmente fui protagonista, se procedió a la firma de un canje de notas prologando por tres años (dos de prórroga y uno de terminación) al Convenio Defensivo de 26 de septiembre de 1963. Al terminar la vigencia del Convenio, si no había acuerdo para una nueva prórroga el Gobierno de los Estados Unidos podía retirar las construcciones e instalaciones hechas a sus expensas. Como señala Charles Powell con acierto, la ruptura de las negociaciones no agradó en absoluto a los miembros del Gobierno más partidarios de la relación con Estados Unidos a cualquier precio, entre quienes destacaba el almirante Carrero Blanco. A finales de septiembre éste le comentó a Laureano López Rodó que le parecía peligrosísimo desafiar a Estados Unidos ya que temía que la Administración endureciese más todavía su postura durante el periodo de consultas para que “escarmentáramos”. Unos días después, en la conversación –que también menciona Powell– del vicepresidente con el representante de Gulf Oil, Fitzpatrick, le confesó que a su modo de ver el Pentágono entendía mucho mejor que el Departamento de Estado la situación española y que hubiese sido preferible dejar la negociación en manos de los militares de ambos países.

A Castiella le cesaron el 29 de octubre. El nuevo ministro López Bravo firmó los acuerdos en junio de 1970 en los que la compensación por la continuidad de las bases vino dada por un material obsoleto mientras que el precio político y sobre todo jurídico por el que tanto había luchado Castiella se difuminaba en declaraciones de intención de valor más que dudoso. Era el “plato de lentejas” que tantas veces había denunciado Castiella y que él no estuvo dispuesto a aceptar.

### [Etapa Areilza Ministro de Asuntos Exteriores](#)

En el capítulo 6 del libro se pone de relieve la relación España-Estados Unidos en el primer gobierno de la Monarquía. El ministro de Asuntos Exteriores fue José María Areilza, con una larga experiencia diplomática: embajador en Argentina, Estados Unidos y Francia, conocía bien a muchos de los dirigentes políticos europeos y americanos. Yo tuve la fortuna de estar a su lado como subsecretario.

Desde el comienzo de su ministerio dedicó especial atención a las relaciones con Estados Unidos. Antes de tomar posesión se entrevistó con Pedro Cortina, su predecesor, que le puso al día en el expediente norteamericano.

El 16 de diciembre, a los pocos días de hacerse cargo de la cartera fue a París para asistir a la Conferencia Norte-Sur y a continuación se entrevistó con Kissinger, el secretario norteamericano de Estado, en la Embajada de Estados Unidos para hablar del tema de los acuerdos. Areilza le expuso las líneas generales de lo que el acuerdo marco necesitaba para su aprobación por el Gobierno. Le señaló que el acuerdo ejecutivo vigente debía convertirse en tratado bilateral. Que debían aumentar las contrapartidas y fijar unas fechas-tope concretas para la retirada de los ingenios nucleares de las bases de Rota y articular de manera precisa la vinculación orgánica de los planes defensivos a la estrategia de la Alianza Atlántica. Y que no hubiera ningún anejo o cláusula secreta al tratado mismo. Todo ello lo describe con gran exactitud Charles Powell en su libro que destaca cómo el nuevo ministro, en una reunión de la Junta de Defensa presidida por el Rey, comprobó el escaso entusiasmo que suscitaba el nuevo acuerdo entre los militares. Areilza intentó hacerles ver que el acuerdo era parte de un todo y que en aquel contexto político-militar España tenía que optar por Occidente sin vacilaciones. Arias Navarro, según me contó Areilza y reproduce Powell, zanjó la discusión al recordarles que Franco había aprobado el acuerdo marco en octubre de 1975 pocas semanas antes de morir y que había dado órdenes a los negociadores manifestando “En último término, si no consiguen ustedes lo que quieren, firmen lo que les pongan por delante. El acuerdo lo necesitamos”.

El 24 de enero llegó Kissinger a Madrid y Areilza le acompañó en la visita al presidente del Gobierno y al rey y por la tarde procedieron a la firma del Tratado. Por la noche le ofreció una cena en el Palacio de Viana y Areilza pronunció un gran discurso sobre el papel de la Monarquía, la determinación de alcanzar en el plazo más breve posible un régimen democrático y terminó manifestando el propósito de incorporar a España a las tareas comunes de Europa y la participación en las responsabilidades estratégicas de las zonas del Atlántico y del Mediterráneo como elementos de primer orden para la estabilidad y el equilibrio del poder de aquella hora. Contestó Kissinger expresando su apoyo rotundo, firme y comprometido, al Rey y al Gobierno.

Llego así a mi etapa como Ministro de Asuntos Exteriores, en la que sustituí a Areilza en el Gobierno de Adolfo Suárez en julio de 1976, que el autor recoge con gran rigor en el capítulo 7 del libro.

Me propuse desde el principio que una de las prioridades de la política del Gobierno fueran las relaciones con Estados Unidos. Tuve la suerte de que el secretario norteamericano de Estado, Cyrus Vance, fuera una persona inteligente, buen conocedor del mundo internacional aunque no era profesional de la diplomacia, hombre de la confianza de Carter que mostró siempre comprensión hacia las peticiones españolas.

Limitaré aquí mi intervención fundamentalmente a describir el viaje a Washington del presidente Suárez para entrevistarse con Carter y la visita del presidente de Estados Unidos a España, visitas ambas bien recogidas por Powell en su libro pero a las que dedico aquí algún comentario suplementario.

El viaje a Estados Unidos fue el 14 de enero de 1980. Llegamos a la base militar de Andrews a las diez de la mañana del 14 de enero, en un DC8 de la Fuerza Aérea Española. El frío era muy intenso. Tanto, que las puertas del avión se resistían a abrirse. Nos esperaban unos helicópteros que nos llevaron directamente a la Casa Blanca, donde celebramos un primer encuentro con el secretario de Estado, Cyrus Vance, y su equipo, y a continuación nos recibió el presidente Carter en el salón oval. Luego pasamos a un salón contiguo para un almuerzo de trabajo al que asistieron del lado americano, además de Vance, el vicepresidente Mondale, el consejero para Asuntos de Seguridad Nacional Brzezinski y el embajador de Estados Unidos en Madrid. De nuestro lado estaban el embajador José Lladó, y los directores generales de Norteamérica, Juan Durán y de África, Pedro López Aguirrebengoa. En la mesa de trabajo del presidente, de madera de caoba grabada, no había más que un crucifijo, y a su lado, junto a un conjunto de telegramas, un barco de madera que probablemente le recordaba sus tiempos como oficial de la Marina.

El presidente acogió a Suárez muy afectuosamente y le dijo que sabía el esfuerzo que había hecho en el desplazamiento. A continuación pasamos a la sala de reuniones del presidente, convertido en comedor improvisado, donde celebramos la reunión y el almuerzo. En seguida se creó un clima distendido y cordial. Los corresponsales de

prensa de la Casa Blanca no recordaban un comunicado tan cálido y admirativo como el hecho público al final de la visita, donde se expresaba «admiración por los conocimientos del primer Ministro español basados en los contactos españoles y en la experiencia histórica en Oriente Medio, África y Latinoamérica».

Suárez desplegó toda su capacidad de encanto personal y de convencimiento para explicar al presidente lo que pensaba de Oriente Medio, de la crisis internacional y de los intentos de solución posibles. España entonces era el único país europeo que no mantenía relaciones diplomáticas con Israel, pero tenía excelentes relaciones con los países árabes. Respecto a Oriente Medio, defendió que Israel tuviera garantizado su derecho a existir pero ello debía ser compatible con el reconocimiento de los derechos nacionales del pueblo palestino. Valoró positivamente el tratado egipcio-israelí, aunque lo consideraba insuficiente pues se necesitaba un proceso global en el que participasen todas las partes implicadas y la solución debía buscarse sobre la base de las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad. Creíamos necesario apoyar a Arafat y la línea de la OLP para favorecer una solución justa en Oriente Medio. Por parte norteamericana nos manifestaron su propósito de no reconocer a la OLP hasta que aceptase el derecho de Israel a existir, pero comprendían el argumento que Arafat había expuesto en Madrid de que la parte israelí debía aceptar los derechos palestinos. Lo que los norteamericanos no compartían era la idea de un Estado palestino.

Hablamos luego del Magreb y la situación del Sahara Occidental. El presidente nos confesó su decisión de una venta limitada de armas a Marruecos, que pensaba someter al Congreso. Buscaban un equilibrio que proporcionase al Rey Hassan II un margen de maniobra con vistas a un proceso de negociación. Hubo coincidencia en la apreciación de la evolución mauritana en la línea de su voluntad de alejamiento del conflicto y de una relación equilibrada con todos sus vecinos.

En relación a Afganistán las dos partes estuvimos de acuerdo en las consecuencias de la intervención militar soviética y en mantener medidas que hicieran comprender a Moscú que su acción tenía un precio y que debía desistir de cualquier otro intento de política expansiva en la región. Hablamos también de Guinea Ecuatorial y yo expliqué el reciente viaje de los Reyes a ese país y por último tratamos de la situación en Irán.

Toda la reunión se desarrolló en un ambiente muy grato. El presidente Carter me pareció una persona extremadamente amable, sencilla en gestos y manifestaciones, que escuchaba con gran atención, tomando abundantes notas. No interrumpió la conversación en ningún momento. También sus colaboradores fueron muy afables, sobre todo el vicepresidente Mondale y el secretario de Estado Vance.

Poco después del encuentro del presidente Suárez con el presidente Carter en Washington, a quien al regresar a Madrid le envió una larga carta explicándole su visita a Sadam Hussein y al Rey de Jordania, el presidente de Estados Unidos vino a España en una visita que fue en cierto modo protocolaria pero que sirvió para tratar algunas cuestiones de interés.

El tema más importante fue el análisis de la situación de las relaciones bilaterales, y sobre todo la renegociación del Tratado de Amistad y Cooperación de 1976, que caducaba el 1 de septiembre de 1981 y que ambas partes eran conscientes de que había que adaptarlo a la realidad del momento. En sus cuatro años de existencia, el tratado había facilitado la modernización del Ejército español en algunos aspectos. Uno de los temas pendientes era la futura compra de cuatro escuadrones de aviones norteamericanos de combate de los modelos F16 o F18.

Nuestro embajador en Estados Unidos, José Lladó, con su excelente equipo de colaboradores y su propia experiencia de empresario y de ministro en dos gobiernos de Suárez, de Comercio y de Transportes, había enviado una información muy detallada, con los elementos necesarios para el estudio de una relación institucional España-Estados Unidos. Se trataba de un documento muy valioso, mostrando las posibilidades negociadoras y que debió tenerse en cuenta en todo el proceso posterior. A ello dedica Powell el capítulo 8 del libro.

El punto de partida de este estudio es que España era el único país de importancia que había cedido el uso de las bases sin estar cubiertas por una garantía de seguridad por parte de Estados Unidos. La colaboración de España a la defensa de Occidente, es decir al dispositivo militar de la OTAN, recibía compensación a través de una ayuda militar, calificable de modesta, y de unos programas de cooperación en otros

campos, que no justificaba la apariencia compensadora que adquirieron en el texto de 1976.

En el momento en el que nos encontrábamos, es decir, con la perspectiva de su ingreso en la Alianza Atlántica, pero también con la incertidumbre que se fuera a llevar a cabo, había que estudiar qué factores podían equilibrar la balanza de las relaciones hispanoamericanas. Ese era esencialmente el contenido del documento del embajador Lladó. Esos elementos iban desde una nueva definición de la titularidad y el control, por una y otra parte, de las facilidades concedidas, hasta la posible elevación de la ayuda hacia una verdadera relación de cooperación.

Durante la visita del presidente Carter, aunque no se profundizó en este tema, se mencionó tanto en la entrevista con el rey como con el presidente Suárez y yo tuve ocasión de hablarlo más ampliamente con el responsable de Seguridad Nacional, Brzezinski. Por supuesto hablamos también de Oriente Próximo, Norte de África y Centroamérica, de la Conferencia de Seguridad y Cooperación a celebrar en Madrid y de las relaciones comerciales. En cifras, el comercio hispano-norteamericano representó en 1979 la compra de productos americanos por valor de 2.487 millones de dólares y la venta de productos españoles a Estados Unidos por 1.304 millones de dólares.

En relación con el tema OTAN, el presidente Carter estuvo sumamente discreto, manifestó su satisfacción por las noticias que había escuchado, pero dejó bien claro que era un asunto que sólo a nosotros correspondía decidir.

### [La OTAN](#)

Al tema de la OTAN dedicaré mi último comentario ya que a este asunto dedica Charles Powell varias páginas del capítulo 9 del libro; antes debo decir que el sentimiento antinorteamericano al que me refería al principio y que ha recorrido nuestra historia desde mediados del siglo XIX, resurgió en el momento en que comenzaron las discusiones sobre la posibilidad de que España se incorporase a la Organización del Tratado del Atlántico Norte, que se veía como producto de la larga mano de Estados Unidos.

Debo manifestar sin embargo que si bien nos constaba que Estados Unidos era favorable a nuestra integración, ni en los encuentros entre los jefes de Estado, ni en las conversaciones entre Carter y Suárez ni tampoco en las que yo mantuve con Cyrus Vance, el secretario de Estado, hubo presión norteamericana alguna. Pero también es cierto que algunos –y yo entre ellos– considerábamos que después de dos elecciones generales, la aprobación de la Constitución, la normalización de relaciones diplomáticas con diecinueve países, el ingreso en el Consejo de Europa y la apertura de negociaciones con las Comunidades Europeas, no había razón para no culminar nuestra acción exterior con la entrada en la Alianza. Suárez, sin embargo, no compartía este criterio a pesar de que así lo había acordado el partido que lo apoyaba, UCD, aunque según los testimonios de Javier Rupérez, secretario de Relaciones Internacionales del partido, y de mi sucesor Pérez-Llorca, cambió al final de criterio pero cuando ya era tarde, poco antes de dimitir. Hubo que esperar al cambio de presidente y con Calvo-Sotelo se logró en un tiempo record la adhesión a la Alianza Atlántica que yo tantas veces había postulado, incluso públicamente en unas declaraciones al diario *El País*.

Pero la realidad es que buena parte de la opinión pública era contraria a la entrada en la OTAN y el gobierno socialista salido de las elecciones de octubre de 1982, vacilante ante la decisión a tomar, dejó congelada la integración en la estructura militar y cometió más tarde el error –por innecesario de someter nuestra presencia en la organización a referéndum, si bien pidiendo el voto favorable. Lo inexplicable fue que Alianza Popular pidiera la abstención con una actitud poco responsable.

Con anterioridad, tanto el PSOE como el resto de partidos de izquierda y los movimientos pacifistas habían lanzado duras campañas contra la OTAN, identificándola con el poder del imperialismo americano al cual reprochaban sus constantes injerencias en los asuntos de otros países además de redoblar sus invectivas contra la presencia de bases militares en suelo español. La opinión pública acusó estos embates propagandísticos y de hecho el 74% de las personas encuestadas poco antes de la visita de Ronald Reagan a Madrid en mayo de 1985 opinaban que los Estados Unidos no podían ser considerados como amigos nuestros.

Las movilizaciones ciudadanas convocadas al grito de “OTAN no, bases fuera” por las organizaciones a la izquierda del PSOE, constituyeron episodios de enorme

relevancia pública tanto por sus nutridas cifras como por el despliegue que hicieron los medios de comunicación: el yanqui manipulador e imperialista sin escrúpulos cabalgaba de nuevo con el imaginario social.

Sin embargo, una vez zanjada la discusión al quedar refrendado en las urnas el ingreso de España en la OTAN ocurrió, como en otros momentos de la historia nacional, que la mayoría de los españoles dejó de preocuparse de la cuestión. En su análisis de la política exterior durante la transición, Charles Powell ha explicado en otro texto este cambio tan repentino en la opinión pública. Dice así: “El ciudadano medio percibe la política exterior como algo remoto; no es que carezca de importancia (más bien todo lo contrario), sino que le resulta difícil comprender cómo puede afectarle personalmente, mientras que percibe con facilidad el posible impacto de las políticas «internas». De ahí que tienda a desentenderse de la política exterior, y a considerarla un asunto del interés exclusivo de los expertos”. La ilustración más evidente de lo anterior es que en marzo de 1986, muy poco tiempo después del referéndum, el 64% de los encuestados afirmaban estar poco o nada interesados por las cuestiones de índole internacional.

Por todo ello, parece razonable pensar que aquel ambiente enrarecido por la hiperpolitización del asunto OTAN no sirvió para que una vez pasada la coyuntura del referéndum la población en general sintiera una preocupación mayor o más profunda por las cuestiones internacionales. En cambio, la intensa carga ideológica del debate previo contribuyó a extender el estereotipo fácilmente reproducible del *yanqui* imperialista.

Por otra parte, aunque no cabe duda de que bajo el empuje arrollador de las movilizaciones subyacía un miedo incontrolable a la pérdida de la neutralidad, tampoco puede negarse que, a la vista de los resultados y de sus consecuencias más inmediatas, la confusión y el exceso de celo en la controversia habían vuelto a arrebatar la primacía de cualquiera de los argumentos para entregársela a los eslóganes, algo que nos acerca irremisiblemente a otras actitudes antinorteamericanas como sucedería ante la implicación del gobierno español en el ataque de Estados Unidos a Irak.

Llego así al final de este rápido recorrido del libro de Charles Powell que me ha producido enormes satisfacciones. Como he dicho al principio se trata sin duda, no sólo

de un trabajo de referencia imprescindible para conocer las relaciones entre Estados Unidos y España en el periodo en veinte años que desarrolla con detalle y rigor, sino que abarca una etapa que permite entender lo que han sido las relaciones históricas y su desarrollo hasta el presente y que gracias a su conocimiento de la realidad política, económica y social española interpreta, aclara y profundiza en el juego de fuerzas políticas durante la transición, los cambios que se han producido en estos últimos cuarenta años y lo hace con un lenguaje claro, directo, sencillo y sin dejar de acudir al detalle, la cifra, el dato concreto, consigue que los árboles dejen ver el bosque de ese entramado de relaciones internacionales más allá de las relaciones hispano-norteamericanas y abarcan una visión global de la política exterior de España. Gracias, Charles, y a los que aún no hayan leído el libro les sugiero que lo hagan cuanto antes. Lo agradecerán.